





SOLO UNA SOMBRA



Jesús Greus

SOLO UNA SOMBRA





Primera edición: junio de 2018

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Jesús Greus

ISBN: 978-84-17362-60-7

ISBN digital: 978-84-17362-61-4

Depósito legal: M-12355-2018

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España







No tengo casa, sólo una sombra
MALCOLM LOWRY



CAPÍTULO 1

Nació una noche de eclipse lunar y de vientos desatados. Aullaron los mastines de madrugada, ulularon búhos y se revolviéron las alimañas en sus madrigueras como si hubiera venido al mundo uno de los suyos. Los hombres, en cambio, permanecieron refugiados en sus casas con el alma en vilo. Nadie hubo que asomara la jeta al campo aquella noche de ventisca furibunda y de presagios nefastos.

Las malas lenguas insinuaron, entre la gente del campo, que el primer hijo de Aguasanta no era de Jeromo Chamizo, su marido. Cierto es que la boda de Aguasanta fue un poco precipitada, lo cual suele ser pasto de habladurías. Para colmo, se le abultó el vientre antes de tiempo. El niño nació, en efecto, a los siete meses justos de la boda, o sea, para la Noche Vieja, y nadie creyó, ni siquiera el propio Jeromo Chamizo, que era un buen hombre, que el niño fuera sietemesino, según se empeñaron en hacer creer Aguasanta y la pécora de su madre.

Alta, enjuta, vestida siempre de negro, Aguasanta era una mujer seca de cuerpo y de alma. Guapa en medio de su austeridad, la afeaba una eterna expresión de mal talante y la sombra de un bigote sobre el labio. Rara vez sonreía.

Era mujer de armas tomar, Aguasanta, y tenía una inteligencia recelosa, maquinadora y retorcida. Las otras mujeres de la casa la detestaban, en general, y la llamaban en secreto la Pantaruja¹, porque ya desde joven imponía su presencia severa. La toleraban, no

¹ Véase vocabulario castúo al final.

obstante, con el mismo estoicismo con que se soporta la tormenta, el viento, el pedrisco o cualquier otra calamidad natural.

—Ave, Dios la ha hecho así a la mujer, tirando a arisca —solía decir de ella su cuñada Capilla, la cocinera, que era una buenaza y se amoldaba a lo que hubiera.

El caso fue que la propia Aguasanta, a fin de curarse en salud después del parto, divulgó la increíble historia de que se había cruzado un día con un lobo yendo por el camino de Tierrablancos, y que la bestia le había echado mal de ojo al niño, y por eso se le había adelantado el parto. Pero saltaba a la vista que el niño, aunque chiquinino, había nacido sano y rozagante, y no escuchimizado como pretendía hacer ver la madre en medio de un torrente de falsas lágrimas. Sí impresionó, en cambio, el agüero de Hermana Anita, la bruja, quien, nada más ver al recién nacido, reconoció ciertos signos en su cuerpo y vaticinó que saldría alunado, por aquello de haber nacido en noche de eclipse lunar. En cualquier caso, el pobre Jeromo Chamizo no se pronunció sobre el origen dudoso de su hijo, ni se pronunciaría jamás. Bien sospechaban todos que razones de fuerza mayor le impedían lavar su honra como hubiera deseado.

Ese asunto no debía mentarse. Más valía aguantarse los cuernos que verse en la calle sin oficio ni beneficio. Trabajar en una finca como La Mala Jara, una de las mayores de la comarca de Mérida, en Extremadura, no era cosa para desdeñarse, máxime cuando la generación de Jeromo era por lo menos la cuarta que se había criado en la casa.

Así que Jeromo Chamizo hizo de tripas corazón y decidió callar, pero no celebró el bautizo de su primer hijo. A eso no le obligaría ni la memoria de su santa madre, que no se contaba ya entre los vivos. El sacramento se celebró en la capilla de la Casa Grande, y el niño recibió el nombre de Prisco en honor a su abuelo paterno. Las mujeres festejaron en torno a Aguasanta, y alabaron con cierta sorna al recién nacido, repitiendo aquello de:

—¡Igualito a su padre! Ha salido clavado a tu hombre, hija.

Hasta la señora, doña Cordelia, se acercó al convite en compañía de su enfermera para felicitar en persona a Aguasanta.

Mientras esto sucedía, Jeromo Chamizo permaneció en el campo entre la cuadrilla, dirigiendo la faena, y resolvió no acercarse a su casa hasta la noche, cuando todo el mundo se hubiera retirado. Una vez terminaron la labor, dejó partir a la cuadrilla sin él. Se sentó en un pedrusco y encendió un *Celtas* corto, que fumó con el alma triste mientras el sol naufragaba, allá lejos, en medio de un océano de encinares.

—¡Maldita sea mi estampa! —murmuró para sí, y siguió fumando en silencio Jeromo Chamizo mientras surgían en el firmamento azul amoratado las primeras estrellas solitarias.

Allá al frente, en la penumbra del encinar, los toros, inmóviles, parecían rocas negras.



CAPÍTULO 2

Dos años y medio después de Prisco, y tras un aborto, Aguasanta dio a luz a una niña a la que llamaron Pura, y ésta sí que era hija de Jeromo. Pura fue en seguida la preferida de su padre. Al niño, además de tener pocas luces, el hombre no le tenía apego. Lo aceptaba como hijo suyo porque no le quedaba más remedio, pero le tenía cierta ojeriza, si bien procuraba no demostrarlo, por el qué dirán. Para colmo de escarnio, con los años fue quedando bien patente que el niño no se le parecía ni el blanco de los ojos. En sus rasgos había un deje que tiraba a alguien bien conocido de todos, aunque en versión abobada. Y a Jeromo le reventaba aquello de que le dijeran las mujeres, con segundas:

—Ave, *clavaíto* a su padre el Prisco.

Años después fue nombrado Jeromo *manijero* de la finca, cargo que heredó de su padre. Aguasanta pasó a ejercer de ama de llaves de la Casa Grande, lo cual le otorgaba poder para hacer y deshacer a su antojo en aquella casa donde la señora valía lo mismo que un mueble arrumbado. Doña Cordelia era una pobre señora enferma de la cabeza, que ni tullía ni mullía. Cada mañana la sacaba Basilia, la enfermera, a asolearse al jardín, si el tiempo lo permitía, y la señora permanecía allí sentada, admirando el campo inmenso con expresión alelada y mientras le resbalaba de la boca, de tanto en tanto, una baba blanca que la enfermera le limpiaba con un pañuelo de hilo.

En cuanto al señor, don Juan Enríquez Montalvo y Donoso Cortés, era un cincuentón pletórico, simpático, amante de la buena

mesa, de la caza y del campo. Mientras permanecía en el cortijo, pasaba horas recluido entre la armería y la biblioteca, repleta ésta sobre todo de libros de caza. Allí recibía los informes sobre la finca, que le entregaban el manijero y el administrador. Por lo demás, Don Juan no era mala persona, y trataba con respeto a cuantos trabajaban a su servicio. Se interesaba por la salud de las familias, e incluso financiaba de su bolsillo atención médica para los enfermos. La gente le tenía aprecio a su modo, no exento de un cierto rencor por la diferencia social. Los tiempos no eran ya los de su suegro, el señor mayor, que en paz descansa.

La niña Pura fue haciéndose moza. Prognata y feúcha, ayudaba a la madre en las faenas de la casa, y era el orgullo de su padre. En cuanto a Prisco, ya de niño se vio a las claras que había salido faltoso. No miraba de frente, sino que entornaba los ojos al hablar. Y, cuando le entraba el nervio, parpadeaba y se le disparaba la mirada al cielo. Aunque le dieron, junto a otros niños del cortijo, rudimentos de lectura, matemáticas y Catecismo, poco aprendió el chaval. Lo suyo era el campo, ir a pescar, andar con los perros, cazar ranas y culebras, matar pájaros con tiragomas. Según creció, más cara de abobado se le puso, y el caso era que bobucio del todo no era, pues, para lo que le gustaba, buena maña se daba. Eso sí, era terco como una mula. Cuando fruncía el ceño y decía que no, más valía dejarlo en paz, pues se plantaba y ya podían desollarlo vivo, que no daba su brazo a torcer.

Andaba siempre Prisco con su primo Domingo y el señorito chico, Gonzalín, hijo del señor.

—¡Menudas piezas están hechos esos angelitos! —solía decir Jeromo Chamizo cuando los veía trotar juntos entre las encinas.

Y miraba al tonto sin simpatía, como si fuese un bicho raro. Para él, su presencia era una herida abierta, una deshonra evidente ante todos. Si por él fuera, lo enviaría lo bastante lejos como para no volver a oír pronunciar su nombre.

CAPÍTULO 3

Aguasanta lió en una pieza de tela vieja algo de ropa del chico, tomó a éste de la mano y echaron a andar juntos, en silencio, por el camino del Arroyo de San Serván. El pobre Prisco, sin soltarse de la mano de su madre, andaba a trompicones y miraba hacia atrás, a la que hasta entonces había sido su casa, y se le saltaron algunas lágrimas. Tenía en una rodilla una costra de sangre coagulada, de una caída, y le picaba mucho y tenía que rascarse de tanto en tanto. Pero lo que más le dolía no era la herida, ni el tener que abandonar su casa y separarse de los suyos, sino la traición repugnante y cobarde de sus dos amigos del alma. Aquello lo llevaba clavado como una espina, y no cesaba de darle vueltas en la cabeza.

La verdad es que los tres amigos juntos eran unas piezas de cuidado. Hartos estaban ya los padres de regañarlos por sus diabluras. Pero aquel día la pifia fue tan grave, que Jeromo Chamizo decidió tomar cartas en el asunto de una vez por todas. Más de uno diría después que aquello le sirvió de pretexto para quitarse de la vista a aquel hijo del pecado. Y también se diría después, mucho después, que aquella injusticia inflamó en Aguasanta un rencor soterrado contra su hombre que sería la causa de tantas amarguras y calamidades como habrían de acontecer.

Fue a finales de septiembre. Los chicos desataron a los mastines que defendían el portón. Se llamaban estos Sultán y Olivero, y tenían ambos fama de fieros. De suerte que los tres amigos se fueron con los mastines, al caer de la tarde, hasta un costero de almendros. Allí se agazaparon tras las matas de romero y de tomillo,

acechando el paso de los aparceros que regresaban de los campos de labor, con mulas y arados, por el camino que discurría bajo el costero. Y, tal como había leído Gonzalín en un libro de cuentos sobre los indios americanos, al pasar los aparceros bajo la loma azuzaron a los mastines contra ellos. En un momento se armó la de Dios es Cristo. Se desbocaron los mulos y echaron a galopar enloquecidos por el monte bajo, dando tumbos y perseguidos por los perros. Quiso la mala suerte que uno de los hombres cayera del caballo y quedara trabado de un pie en un estribo, de modo que fue arrastrado campo a través, porraceándose con los pedruscos. Los mastines, excitados, no cesaron en su persecución, a pesar de que los muchachos corrieron asustados tras ellos llamándolos a voces. Pero no había ya quién los detuviera. A los cuatro vientos se desperdigaron mulos, hombres y perros, hasta que los chicos, con la lengua fuera, se dieron por vencidos y se sentaron a recuperar el resuello entre matojos de malva y de espliego.

—¿Y si han matado al hombre? —preguntó aprensivo Domingo.

—¿Ahora qué hacemos? —inquirió a su vez Gonzalín.

—Yo no vuelvo a mi casa, por si acaso —dijo Prisco con gesto desablantado.

Pasaron el resto de la tarde deambulando por el monte bajo y por el costero, en busca de los perros, cuyo rastro se perdía en el posío. Les silbaron y los llamaron por sus nombres, pero sólo les respondieron graznidos de cuervos allá en lo alto, desde el cielo blanco e inmenso, que parecían burlarse de ellos.

Ya de anochecida acució el hambre a los tres fugitivos, pero aún no se atrevían a regresar a casa. Gonzalín propuso pasar la noche al raso, aunque al fin optaron por tirar hacia el cortijo con más miedo que vergüenza. Ya de lejos oyeron el ronquido sordo del generador de luz, la gran novedad de la finca. Alimentado a base de gasolina, y accionado merced a una manivela como de coche antiguo, daba luz a la Casa Grande. Las demás dependencias seguían alumbrándose con luz de carburo.

Nada más remontar el altozano del cortijo, los chicos vieron al padre de Prisco aguardándolos a la puerta del corralón con los brazos en jarras.

—¡Madre mía! —exclamó Prisco, aterrado.

Jeromo Chamizo, que también los había visto, los llamó con voz imperiosa. Mohínos y con la cabeza gacha, los tres se aproximaron. Como no podía ser menos, Jeromo perdió los estribos. Nunca se le había visto así, él, que era hombre paciente y hosco. Al parecer, el pobre aparcerero arrastrado por la mula, según informó a voces Jeromo, no había muerto, aunque de milagro. Magullado y ensangrentado, lo habían recogido sus compadres. El mulo se había roto una pata y hubo que pegarle un tiro allí mismo y dejarlo para carroña. El tiro se lo pegó el aperador Juan de Dios, padre de Domingo, a quien fueron a avisar en seguida. En cuanto a los perros, estaban ya de regreso, atados y castigados sin cenar. Todo eso les dijo Jeromo Chamizo, fuera de sí. Y entonces sucedió el hecho atroz ante la atónita mirada del pobre Prisco: sus dos amigos se defendieron acusándolo a él. Quizá pensaron que con él sería más indulgente su padre. Prisco no dio crédito a lo que oía.

—Ha sido él —decía Gonzalín, señalándole con un dedo acusador—. Ha sido él, que tiene ideas de casquero.

—Él dijo que azuzáramos a los mastines —corroboró Domingo con repugnante cobardía.

—¡Me importa un comino quién haya sido! —vociferó Jeromo.

Al señorito chico lo mandó a su casa y le prohibió volver a tener trato con los otros dos, y aún añadió intimidatorio:

—Ya hablaré yo a su padre de usted —luego se volvió a Domingo y le dijo—: Tú, a tu casa, que buena la que te espera con tu padre.

En cuanto a Prisco, ni se movía del sitio, del pánico que tenía.

—Ahora estoy contigo —anunció el padre mientras se quitaba el cinturón.

Lo arrastró por los pelos adentro de la casa, y allí le dio una tunda de zurriagazos, que lo dejó baldado. El chaval aullaba de dolor, mientras Aguasanta gritaba desconsolada a sus espaldas

—¡Por Dios, que me mata al chiquillo!

Una vez terminada la somanta de latigazos, anunció sofocado Jeromo, con los brazos en jarras:

—Ya está bien de hacer el vago en esta casa. Mañana mismo te mando al chozo con tu tía la Josefa.

Y así avanzaba ahora Prisco a brincos tras los pasos de la madre, traicionado y abandonado por sus dos únicos amigos. Se prometió a sí mismo no olvidar la traición, ni jamás perdonarla.

Empezó a levantarse una ventolera despacible, pero allá siguió Aguasanta caminando resuelta con la vista al frente. A la altura del Cuarto de la Horca, donde había un pequeño cortijo de labor, se desviaron del camino y tiraron, encinar a través, hasta cerca de un flaco regacho. En todo el trayecto, que duró lo menos tres horas, el tonto no dijo esta boca es mía. Al fin vieron allá lejos un hilo de humo que se alzaba al cielo haciendo cabriolas y, al poco, el chozo de Josefa la pastora, hermana mayor de Aguasanta. Era ésta una mujerona jacarandosa y rozagante, que había quedado viuda y sin hijos. Mientras su madre y su tía hablaban en el interior, el niño aguardó a la puerta del chozo, sentado sobre una piedra y jugando con una cachorra de galga que le hacía carantoñas.

Arreció el viento y la tarde se volvió aún más destemplada. Pero Prisco no sentía frío, sino miedo. Se acordaba de sus amigos traidores, y pensaba en lo lejos que estaban. ¿Qué castigos les habrían caído a ellos? Porque ni siquiera su asquerosa traición los habría librado de una buena reprimenda. ¡Qué barata habían vendido su amistad! Más valía no volver a pensar en ellos.

De tanto en tanto se rascaba la costra de la rodilla, que le picaba. Había junto al chozo un redil de cabras y ovejas, que lo miraban curiosas con esos ojos suyos, amarillos y diabólicos. Más allá había también una gran cerca con muchos cerdos, bien negros, todavía jóvenes. Un buen rato se estuvieron hablando las dos mujeres allá dentro, y al cabo salió Aguasanta y dijo a Prisco con voz seca:

—Te quedas a vivir por un tiempo con tu tía. Sé bueno y no hagas más pifias, que ya ves cómo se pone tu padre.

Le pasó una mano por la cabeza rapada por mor de las chinches, y se fue sin más razón por donde había venido, campo a través, en medio de la ventisca que desmelenaba a las encinas.

—Anda, ven —indicó al chico su tía.

Prisco recogió el lío de ropa depositado a sus pies, y entró remolón en el chozo. La cachorra juguetona, que se había encariñado con él, le iba mordisqueando los tobillos desnudos y sucios.



CAPÍTULO 4

Tres años permaneció Prisco en el chozo de su tía Josefa la pastora, aprendiendo el oficio. El zagal estaba hecho para aquello de apacentar el ganado. Se pasaba las horas muertas de pie, mientras ramoneaban las ovejas, con la mirada perdida en lontananza, pensando en vaguedades. Seguido a toda hora por la galga, que lo había adoptado como amo y dormía a sus pies, a ratos se entretenía en travesuras solitarias y en observaciones de la naturaleza. Seguía a las hormigas y a los escarabajos para descubrir adónde iban. Buscaba los escondrijos de lagartos y culebras bajo los acebuches, el vivar de los conejos bajo la charneca, las madrigueras de los tejones en el cañaverol. Observaba el vuelo circular de las aves en el mar sin mácula del cielo sobre el encinar, y así descubría las carroñas sobre las que se festejaba una turbamulta de buitres, águilas y cuervos, ávidos de carne putrefacta.

En primavera, tras el magro almuerzo de pan y unos cachos de chorizo, Prisco se tendía al sol y hundía la cara entre la hierba. Descubría una jungla espesa por la que pululaban hormigas apresuradas, arañas minúsculas que se descolgaban de una a otra hoja de grama, tendiendo sus telas de geometrías asimétricas que servirían de trampa a pequeños insectos. Corrían escarabajos y cantáridas de caparzones atornasolados o verde esmeralda. Afanados en avanzar hacia una meta desconocida, trepaban esforzadamente hasta lo alto de un lirio silvestre para tener que descender otra vez y saltar a una brizna de hierba, perdidos en un laberinto de proporciones para ellos inimaginables. Prisco indagaba fascinado

las profundidades de aquel mundo en penumbra, entre vapores húmedos emanados por la tierra, donde habitaban gusanos grises que desconocían la luz del sol, lombrices que surgían de enigmáticas oquedades, criaturas inconcebibles que arrastraban sus cuerpos y salvaban abismos para ellas enormes, tras los que acechaban escolopendras o *mantis orantes*. Prisco pegaba el oído a la tierra y escuchaba atento los ínfimos rumores y voces de aquella selva minúscula e inexplorada, cuajada de peligros. Crujidos producidos por cuerpos viscosos que se deslizaban sobre hojas secas, o por duras corazas que rozaban la tierra y la exuberante vegetación, acompasados al batir de alas de una mariposa o al ensordecedor vuelo de un saltamontes. Lejano se distinguía el fragor causado por un predador que había cazado una presa, o bien por la voracidad de un batallón de hormigas que arrastraba hacia el hormiguero a un coleóptero herido, que en vano se debatía por desasirse del mordisco emponzoñado de sus pequeños agresores. Y mientras todo aquello sucedía en el interior de la pequeña jungla, allá arriba, en las cimas de hierbajos y flores, jugueteaban al sol libélulas amarillas, que provocaban un estruendo y una ventolera con el batir de sus alas transparentes. Al levantar Prisco la vista al cabo de un rato, todo aquel mundo fascinante de aventuras y amenazas casi cabía en la palma de una mano abierta: un pequeño espacio de hierba, en apariencia carente de vida, encerraba todo un universo. El zagal se adiestraba, así, en los secretos de la naturaleza.

El día entero deambulaba Prisco por el campo. Conocía mejor que nadie los caminos, las sendas de cabras, los regachos y cañaverales. Aprendió así el lenguaje de la tierra y de las piedras, el de las plantas y las hierbas. A fuerza de escuchar durante horas y días sin fin, se instruyó en la lengua de los pájaros, y en la de las ovejas, y en la de los mastines cuando se llamaban de madrugada de chozo en chozo al claro de luna. Y aprendió la lengua del sapo cerval en las noches estivales, el graznido del cuervo, la risa tonta de la abubilla, el chirrido del engañapastores, las bellas baladas solitarias del ruiseñor enamorado en las madrugadas primaverales. Al cabo del

primer año de pastoreo ermitaño, Prisco observaba el campo con su mirada de tontucio, y escuchaba, y entendía. Él sabía descifrar aquellas jergas de la naturaleza, guturales o destempladas, dulces a veces, rudas o estrepitosas. Dialectos que los adultos desconocían y despreciaban. Pero él atendía, y comprendía, y se regocijaba de su conocimiento.

Llamado por el despertar de la mocedad, se amancebó con una cabra blanquinegra, tetuda ella y de carnes succulentas, a la que puso por nombre la *Pinta*. Y ella no se hacía la remolona cuando lo sentía venir hacia ella y la separaba del rebaño para arrimarla a una encina, a plena luz del día. Al fin y al cabo, el propio mozo olía a chotuno, así que la *Pinta* no debía de distinguir muy bien si era hombre o macho cabrío.

Con su tía Josefa la pastora se llevaba bien. Era una buena mujer, torpona ella y de pocas luces, un poco regañona, eso sí. A veces le metía una filípica sin venir a cuento, sobre todo ciertos días en que tenía a modo de sofocos. Esos días andaba arisca y como desquiciada, y Prisco procuraba mantenerse a distancia, por si recibiera un pescozón, lo que sucedía en cuanto se ponía a tiro. Prisco aguantaba el chaparrón con paciencia, mientras para sus adentros se decía: «Fea, culona, vieja». Lo peor era que le obligaba a asearse los domingos, por ser día del Señor.

—Una vez a la semana no hace daño —le decía, porque lo cierto era que, si no, Prisco no tocaba el agua como no fuese para beberla.

Le tenía aversión, y era para él un suplicio aquello de las abluciones dominicales en una artesa repleta hasta los bordes de agua, caldeada en invierno al fuego.

—Frótate bien con el jabón, padre —le indicaba Josefa la pastora—, que tienes más churre que una oveja.

Tan malo como aquello de lavarse los domingos resultaba para Prisco la rapada que le metía la tía Josefa una vez al mes, por miedo a las chinches. La mujer disponía un taburete cojitranco a la puerta del chozo, hacía sentarse en él al zagal, con expresión resignada de

oveja que llevan al matadero, y ahí mismo le trasquilaba la cabeza con la misma destreza y burricie con que se esquilaba al ganado. Prisco se disparaba luego al campo como toro recién salido del toril, y no dirigía la palabra a su tía en tres días, de la mala leche que se le metía en el cuerpo.

La tía Josefa cuidaba bien al chico, dentro de los escasos medios de que disponía en el chozo. Y hasta lo quería, a su manera un poco ruda. Preparaba las gachas para la cena, o gazpacho en verano. Cuando llegaba el tiempo de las primeras uvas, echaban a flotar un puñado de éstas al gazpacho fresco, y aquello suponía para Prisco el mejor manjar que hubiera sobre la tierra. En otoño, la tía le preparaba un hatillo para el almuerzo, que contenía pan, uvas y queso, por aquello de que saben a beso, según decía ella.

Dormían juntos en el mismo chozo, cada cual tendido en un jergón relleno de paja. La tía Josefa roncaba como una endemoniada, lo cual no parecía incordiar al sobrino, que dormía a pierna suelta. En las noches invernales, sentados ambos al calor del brasero dentro del chozo, la tía Josefa le contaba historias de lobos, que ponían a Prisco carne de gallina. Eso era lo que más gustaba al muchacho, oír contar historias a la mujer:

—*Cucha*, una noche oscura y medrosa del invierno pasado, al volver al chozo de en *ca* la Maricruz, me vi rodeada de lobos allá por la parte del Cuarto de la Horca. En la oscuridad no podía saber cuántos serían. Y ahora qué hago, me dije entre mí. Y en ésas recordé que llevaba por suerte una caja de mixtos. La busqué aprisa y encendí uno, ave, para tener a las bestias a raya, y así vi en la penumbra que había lo menos cinco de ellas. ¡Cinco nada menos! Me rodeaban y gruñían y me miraban con unos ojos rojos como ascuas, ave, que daban espanto. Tienen mirada de diablo esos bichos. ¡Por Dios, qué congoja pasé! Y el mixto que se apagaba y ya les sentía yo arrimarse en cuanto se moría la llama. Encendía otro fósforo corriendo y los bichos se apartaban. Fui tirando así, pasito a pasito, hacia el puente sobre el regacho, pensando qué iba a hacer cuando gastara todos los mixtos. ¡Hay, Virgen de la Piedad!

Ayúdame que estoy perdida. No quiero ser pasto de estas alimañas, ave, me decía yo para mí. Recé a todos los santos que me vinieron en mientes, *cucha*, mientras apuraba cada fósforo hasta mismamente quemarme los dedos. Ya no me quedaban más que dos mixtos cuando me arrimé a los ojos del puente, me tiré corriendo como una loca para abajo y me refugié adentro, con los pies metidos en el agua, que estaba helada. ¡Mi alma! Cuando prendí el último cerillo y vi, a la boca del puente, las ascuas rojas de los ojos lobunos que me miraban, y sentí sus gruñidos que me erizaban el vello, y las babas que ya les caían de la boca, relamiéndose de su próximo festín, se me heló el corazón. Ya me estaba quemando los dedos la llama del último mixto y me decía a mí misma: se acabó, hija, ponte a rezar, que de ésta no sales viva, cuando, mira por dónde, tuve la potra de que, en el momento mismo en que el mixto se apagaba, oí las ruedas de un carro que se acercaba y me puse a gritar como una condenada. Respondieron unos ladridos perrunos, y los lobos, avisados, gruñeron y se dieron media vuelta. Una voz me respondió, y por ella reconocí a Cipriano el cortijero. Le llamé a grito pelado, ave, diciéndole que estaba metida en el puente por medio de los lobos. Y el hombre sacó ahí mismo la escopeta que llevaba, porque el Cipriano siempre lleva una escopeta por si tiene que entrar a casa tarde en la noche, que nunca se sabe lo que acecha por ahí en estos campos de Dios, así que pegó un tiro al aire el Cipriano, que espantó a los lobos. Salieron estos aullando en todas direcciones, ave, que son más tunos y más espantadizos esos bichos, que, en cuantito huelen peligro, pies *pa* qué os quiero, salen pitando. Y como diablos se perdieron en la noche. ¡Ay, mi alma! Llorando salí del puente, y chorreando agua helada, *arrecía* de frío y de susto. El Cipriano me echó una frazada por encima y me llevó de vuelta al Cortijo Viejo, donde me metí a un catre, pero apenas pegué el ojo en toda la noche, de la comezón que llevaba metida en el cuerpo.

Y calló Josefa la pastora, con la mirada pensativa y fija en las ascuas del brasero, que se iban entibiando. Prisco, con la boca abierta de par en par, no le quitaba la vista de encima, abobado.

—Hala, basta de cháchara —concluyó Josefa, y se levantó derrengada para irse a aviar el catre—. A dormir, que mañana hay que madrugar, ave.

CAPÍTULO 5

Al cabo de tres años de estancia en el chozo de su tía Josefa la pastora, y una vez aprendido el oficio del pastoreo, Prisco fue trasladado a una majada con un chozo próxima al Cortijo Viejo, la casa de labor donde vivía Matamoros, el mayoral, con su mujer, Maricruz. Distaría el chozo del cortijo cosa de kilómetro y medio, y tenía anexo un redil cercado de ramas que acogía a un hermoso rebaño de cabras y ovejas, del que el chico sería responsable a partir de entonces. Prisco estrenó su nuevo hogar con la ilusión de ser independiente. Ya no tendría que aguantar las regañinas de su tía, ni sus sofocos y ronquidos nocturnos, ni que acusara a su perra de los estragos que hacían los mastines. Era libre y, además, estando más próximo al Cortijo Viejo y a la Casa Grande, podría llevar a partir de entonces una vida más sociable.

Jeromo Chamizo fue a recogerlo al chozo de Josefa la pastora en la burra *Marcelina*. Prisco tenía ya liado un petate con sus escasas pertenencias, se despidió azarado de la tía Josefa y montó en la burra, detrás de Jeromo, con cara de pasmado. Llegados al otro chozo, situado junto a un regacho que llamaban Arroyo Campanero, y que sólo llevaba agua en tiempo de lluvia, el chico esperó a que el padre abriera la puerta de ramas trenzadas, y entró tras él a tomar posesión de la vivienda. Consistía el chozo en una habitación circular, más o menos amplia, con el jergón de paja en una esquina, suelo de tierra apelmazada, dura como si fuera barro cocido, unas trébedes y un viejo puchero de barro para aviarse el almuerzo, así como algunos útiles colgados de los muros de ramaje. A los pies de

la cama había una zalea de piel de cabra, más bien despeluchada. A Prisco se le antojó todo aquello palaciego.

—¡Todo esto es para mí solo! —susurró con regocijo.

La galga, que ya era adulta, entró tras ellos, dio vuelta al habitación, taciturna, olisqueó cosa por cosa y, por fin, satisfecha de su meticuloso reconocimiento, salió a la puerta y se tendió ante ella cuan larga era. Prisco depositó el petate en un rincón y aguardó las órdenes del padre. Había espigado en estos últimos tres años, a la par que la galga, y se le habían quedado cortos los pantalones, dejando a la vista unas canillas blancuzcas y flacas. En cambio, poco había aumentado de volumen la cabeza rapada, demasiado chica para aquel cuerpo larguirucho y desgarrado.

—Hala, hijo —balbuceó Jeromo sin mirarlo—. Éste es ahora tu nuevo hogar. Cuidalo y mantenlo limpio.

Salió afuera. Prisco lo siguió hasta el redil. Jeromo se asomó a mirar al rebaño, e indicó:

—Ave, mira por ellas, que ahora son de tu responsabilidad. Si algo pasara, tendrías que dar cuentas al señor.

Prisco no se atrevía a mirarlo. Balbuceó un «como usted mande, padre». Jeromo Chamizo indicó después que la semana siguiente le traería un perro pastor ya adiestrado para el oficio. Y añadió con desprecio:

—¡Dónde se ha visto que una galga sirva de pastora!

La galga, como si le hubiera entendido, agachó las orejas y se escabulló rauda, por si se llevaba una patada. Prisco, tímido, se atrevió a decir que su galga sí servía de perra pastora, que él mismo la había enseñado durante los últimos tres años, y que, además, corría como una bala cuando se desmandaban las ovejas.

—Tú sabrás —dijo el padre, encogiéndose de hombros.

Hechas aquellas escuetas recomendaciones, Jeromo Chamizo montó en la burra *Marcelina* y, antes de partir, se volvió y dijo con cierto azaro:

—Si algo te es menester, ven a vernos al cortijo.

Era su modo un poco torpe de demostrar afecto. Prisco dijo adiós, y, con el corazón un poco encogido, lo vio alejarse por el

encinar. Se metió luego al chozo y se ocupó primero en sacar sus cosas del petate y ponerlas en orden. Lo hizo con una sensación de felicidad inenarrable. «¡Voy a vivir aquí solo!», se repetía, y casi no podía creer su suerte. Podría acostarse cuando le diera la gana, o no dormir en toda la noche si quería, y tener a la galga consigo, para que le hiciera compañía, y comer cuando tuviera hambre y no comer cuando no quisiera. Y nunca, nunca en su vida, volvería a tocar el agua para lavarse. Ni siquiera los domingos, por mucho que fuera el día del Señor.

Una vez puestas las cosas a su gusto, salió a reconocer los alrededores. Había un pozo cercano, con un abrevadero para las bestias. Prisco extrajo agua con ayuda de la garrucha y un cubo de latón. Salía el agua bien limpia y fresca. La probó y dio de beber a la galga. Fue luego al chozo en busca de un cántaro, lo fregó de arriba a abajo y lo llenó de agua hasta el borde, a fin de tenerla a mano para beber y guisar. Mientras hacía todo esto, la galga lo seguía tristonamente, pegada a sus talones. Después acudió el zagal al redil, abrió la puerta de palos atados con alambre y dio suelta al rebaño. Fue siguiendo con la mirada a las cabras, que eran sus preferidas. Tenían algo diabólico en la mirada, y eso lo atraía. Las fue observando una a una con detenimiento, al objeto de aprenderse sus rasgos distintivos y reconocerlas. E iba diciendo mientras las estudiaba:

—A ésa le pondré de nombre *Estrella*, por el lunar en el testuz... A aquella otra la llamaré *Rusa*, porque me da la gana, ale. Suena bien... Y a aquélla que parece andar de puntillas le pondré... *Bailaorru*. ¡Ay qué risa!

Ésta sería su predilecta, sin duda. Aquellas tetorras rosáceas que le colgaban le provocaron un cosquilleo en el cuerpo. Se amancebaría con ésta igual que había vivido amancebado con la *Pinta* en el chozo de su tía Josefa la pastora.

Aquella tarde, mientras hacía puntería con piedras sobre una lata oxidada, pensó que tendría que empezar a llamar a las cabras por sus nombres, y repetírselos a voces cada día, a fin de enseñárselos a ellas mismas. Porque las bestias se aprenden los nombres

que se les dan, ¡vaya si no! Y se dan por aludidas en cuanto los oyen. A ver, mismamente como las personas, pensaba Prisco.

En estos pasatiempos fue discurriendo su primera tarde de soledad mientras la galga, larga y flaca, yacía a pocos pasos de él sin quitar ojo al rebaño.